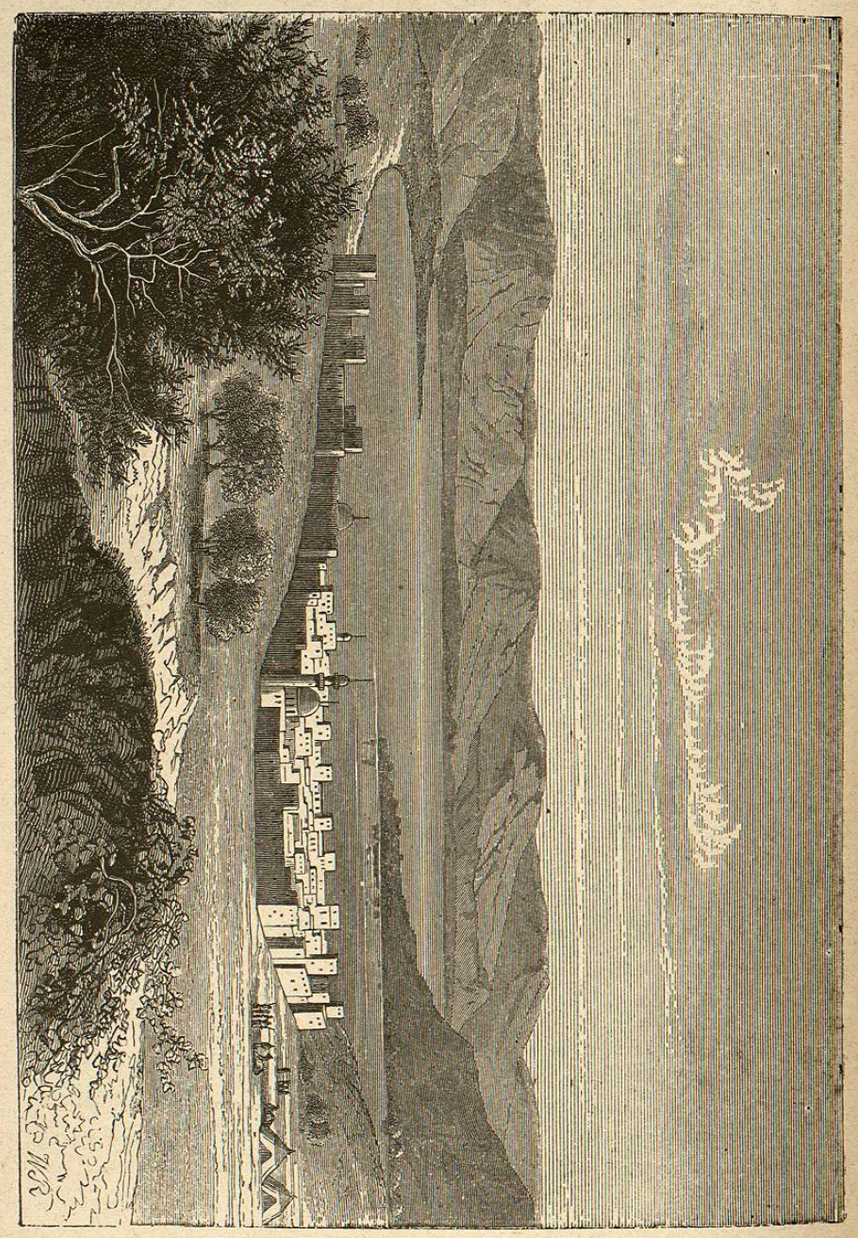

PLAYAS DE TIBERÍADES, CÉLEBRES POR MUCHOS MILAGROS DEL SALVADOR

CAPÍTULO XXXIV

TIBERIADES

I

El bosque de los mercaderes.—La hierba gigante.—Los pedruscos de basalto.—Balsa deslumbrante.

Nos despedimos del Tabor el 27 de Junio. Queríamos ir á Tiberíades á celebrar la fiesta de San Pedro, y asociarnos á la peregrinación que los Franciscanos de Nazaret hacen allí todos los años por tal época.

Dejando la montaña sagrada, nos dirigimos á través de sombríos bosques hacia el *Suk* ó *Kan*, dicho de los mercaderes, aunque no tenga lugar feria ni mercado alguno. Entramos en seguida en el Uadi-Besum, valle conocido por su fertilidad; discurrimos por entre la gigantesca hierba y nos perdemos entre las doradas espigas que hieren nuestro rostro.

Atravesando después áridas llanuras y rodeando á cada instante los pedruscos de basalto que obstruyen el paso, desembocamos en una vasta planicie. En el horizonte, las ondas se anegan de luz; es la balsa deslumbradora del lago de Tiberíades la que atrae irresistiblemente nuestras miradas; después las montañas que la rodean, y, en fin, la ciudad que lleva su nombre y que parece hallarse á nuestros pies. Es éste, sin contradicción, el sitio más bello de la Galilea, y sin duda alguna uno de los más atractivos del mundo.

II

Tiberíades.—Las palmeras.—El calor y la sed.—Los pescados del lago.—La noche luminosa.

Tan pintoresca como es á lo lejos Tiberíades, adornada con sus lindas palmeras y dorada con su bella luz, otro tanto es de horrible cuando se la ve de cerca. Mas esta impresión, la única molesta en este viaje encantador, se disipa rápidamente cuando se llega al convento franciscano.

El Superior, llamado P. Lucas, cuya extremada fineza es apreciada por todos los viajeros que han tenido la feliz fortuna de arribar aquí, nos recibe con toda la afabilidad posible, sin que sea necesario presentarle las cartas de recomendación de que íbamos provistos.

El excesivo calor, la sed y seis horas de caballo hechas casi de una tirada, nos habían rendido por completo; pero los cuidados diligentes de la hospitalidad y un enorme plato de deliciosos pescados del lago, nos vuelven á poner en buena disposición.

Después de una hora de charla, nos dirigimos á la ribera vecina. La sombra, descolgándose poco á poco sobre el lago, traía una frescura bienhechora que nos devolvía las fuerzas. Gozamos de los esplendores del Hermón, que queda sólo en el horizonte como una gloria, mientras que todo se extingue en derredor nuestro, y la tierra se vuelve pálida y descolorida, y el cielo constelado de estrellas nos envuelve en una noche magnífica. ¡Oh, qué bella noche! El aire es tan tibio, tan embalsamado, que la mayor parte de los habitantes duerme sobre los terrados. En cuanto á nosotros, volviendo á nuestra hospitalaria morada, dejamos entrar por nuestras ventanas, completamente abiertas, la brisa que refresca y el dulce murmullo de las pequeñas olas acariciando las barcas ancladas y la fina arena de la playa.

III

La barca de Pedro.—El P. María de Brest.—La madre de Constantino.—Tancredo.—El clima.—El P. Lucas.

Al día siguiente, nuestra primera visita fué á la iglesia, elevada al borde del lago en honor del Príncipe de los Apóstoles y reparada por nuestros religiosos hace solamente algunos años. En memoria de la barca de San Pedro, le habían dado los cruzados la forma de un navío. Su proa, en los días de tempestad, fué más de una vez sumergida por las furiosas ondas. Desgraciadamente, esta poética arquitectura ha desaparecido bajo las últimas restauraciones y el engrandecimiento necesario.

A pesar de la falta de arte y de riquezas, no creo haber experimentado bajo las doradas bóvedas del Vaticano una emoción tan profunda como la que se ha apoderado de mí al entrar en este pequeño santuario.

No hay, en efecto, de notable sino la estatua en bronce de San Pedro, copia de la de Roma y don de la caravana de penitencia de 1883. Hoy sin embargo, la iglesia de Tiberíades se ha enriquecido con un altar mayor, debido á la ardiente iniciativa del M. R. P. María, de Brest, comisario de Tierra Santa (1).

---

(1) El M. R. P. María, de Brest, pasó algunos años al servicio de Tierra Santa en los santuarios de Palestina y en Egipto, cuando, para atender á las necesidades espirituales de los miles de obreros aglomerados en el desierto que debía vivificar el canal de Suez, establecieron los Franciscanos *Misiones volantes* en Port-Said, Elkantarah, Chaluf, Ghirch, Ismailía, etc. Los Padres á ellas destinados se transportaban y diseminaban según las necesidades del momento, bien fuese para facilitar á los trabajadores el cumplimiento de sus deberes religiosos, ó ya para administrar á los moribundos y prestar sus diligentes cuidados á los coléricos durante las epidemias que asolaron la colonia obrera.

El P. María de Brest fué atacado por la enfermedad y tuvo que volver á Francia, en donde, una vez restablecido, ejerció durante algunos años el cargo de cuestador para los Santos Lugares.

Durante la campaña de 1870-1871, acordándose el P. María que antes de sus veinte años había seguido la flota francesa en Crimea, se hizo limosnero de la armada, prestando especialmente sus cuidados y socorros á los pobres prisioneros. Muchos que, sepultados en las fortalezas alema-

Este altar, ejecutado en París por la casa Verrebout, hace tanto honor al artista como al donante. El bajo relieve que representa á Nuestro Señor entregando á San Pedro las llaves de la Iglesia, es verdaderamente admirable.

A ejemplo de tantos miles de peregrinos, predecesores y hermanos nuestros, nos postramos de rodillas. Apoyados contra el altar, recitamos en nuestro nombre, en nombre de nuestros amigos, de nuestra patria, del mundo católico, el símbolo de los Apóstoles, suplicando á aquel á quien estableció Jesús por Jefe de su Iglesia, que nos conservase en la fe, para poder decir en nuestros últimos momentos como Santa Teresa: «Yo muero hija humilde y sumisa de la Iglesia católica.»

He dicho pequeño santuario, pero no fué siempre así. Elevado por la madre de Constantino, que se complacía en rodear de veneración y de culto todos los lugares santificados por la presencia del Salvador y de sus discípulos, fué decorado con magnificencia, y más tarde, después de las primeras profanaciones de los sarracenos, restaurado con tanto gusto como piedad por el ilustre Tancredo. A la caída del reino latino, vino á manos

---

nas, habiendo perdido hasta su nombre y no siendo conocidos sino por un número matricular, pasaban ya por muertos, le debieron la libertad y puede ser que la vida. ¡Cuántas veces, desafiando los peligros y no escuchando sino á su corazon y á su patriotismo, pasó la frontera llevando siempre á los pobres cautivos socorros y consuelos! No pudiendo los alemanes dejar de estimarle, le concedieron cierta libertad que otros no hubieran podido obtener.

Su caridad, por otra parte, se extendía en todos casos á los mismos soldados prusianos heridos ó prisioneros. Los servicios que les hizo no pasaron desapercibidos, y el gobierno alemán le ofreció una condecoración. El creyó deber declinar este honor, pero aceptó y lleva con legítimo orgullo sobre su hábito franciscano la cruz de la Legión de Honor que el gobierno de la República le concedió después de la campaña para reconocer su celo apostólico, su caridad y su patriotismo, el patriotismo de un héroe.

Más tarde se hizo cuestador de las misiones franciscanas de China, y su actividad fué tan útil á los siete vicariatos apostólicos de que están encargados los frailes Menores en el *Imperio del Medio*, que los Superiores de la Orden lo nombraron procurador de todas las Misiones franciscanas. Sólo los misioneros á quienes él ha socorrido tan activa y poderosamente podrían decirnos hasta qué grado les ha sido útil y provechosa su ardiente caridad, tan activa como previsora.

Animado de la más tierna devoción hacia Santa Margarita de Cortona, que expió durante veintitrés años de austera penitencia bajo las libreas de

de los musulmanes, que lo convirtieron en mezquita, después en caballeriza, aunque sin cambiar en lo más mínimo su arquitectura primitiva.

En el siglo XIII, cuando arribaron á Galilea los frailes Menores, estrelióse su celo en Tiberíades, como en otras partes, con la intolerancia musulmana. No pudieron sino recoger los recuerdos evangélicos y perpetuarlos por medio de sus peregrinaciones anuales. En 1846, habiendo mejorado algún tanto las condiciones, rescataron el antiguo monumento de Santa Elena y de los cruzados; lo restauraron poco á poco, y lo abrieron de nuevo al culto. Por falta de dinero, no pudieron tener al principio á su lado sino un apeadero, que en 1870 transformaron en un pequeño convento lindo y aseado, abierto siempre para los peregrinos. Esta hospitalidad es tanto más preciosa y se acepta con tanto más reconocimiento, cuanto que no hay apenas recurso fuera de ella á excepción de la tienda, únicamente posible para los viajeros acomodados, y que no está libre de peligros á causa del extremado calor.

---

la Tercera Orden de San Francisco las locas horas de su juventud, hizo conocer y propagó su culto en Francia y en Bélgica. Publicó la vida de la gloriosa penitente, distribuyó por cientos de miles las imágenes y medallas de la santa, por las que sus devotos le entregaron limosnas en número suficiente para levantar de sus ruinas el santuario que le está dedicado en la ciudad que ilustró con su vida de reparaciones y su muerte piadosa.

No es posible hablar aquí de todas las obras del P. María, de Brest, ni de los considerables recursos que ha proporcionado para ayudar á la construcción en Roma del convento central de los Franciscanos, destinado á reemplazar el de Araceli que el gobierno de Italia ha confiscado y hecho destruir para levantar en su sitio un monumento á *Víctor Manuel*.

No queremos callar, sin embargo, la parte que ha tomado en el rescate de la Casa Matriz de su Orden, el convento de Santa María de los Angeles, cuya basílica le es deudora del bello pavimento de mármol blanco y rojo que rodea la santa capilla de la Porciúncula. Sabemos también que se ocupa activamente en hacer adornar la cúpula que la domina, y cuya desnudez da pena contemplar en un santuario tan grande.

Pero todo esto era todavía muy poco para la incomparable actividad del P. María, de Brest.

El M. R. P. José Areso había restablecido el comisariato de Tierra Santa en Francia; pero hallándose muy ocupado en la restauración de la Orden Franciscana en el reino de San Luis, cedió en 1856 el cuidado de la obra de los Santos Lugares al M. R. P. Fulgencio Rignon. Este pudo ha-

A partir del mes de Mayo, varía el termómetro de treinta y cinco á cuarenta grados, haciéndole subir algunas veces el *Jamsin* hasta cincuenta. Este clima tórrido, explicable por la posición del valle, situado trescientos treinta metros más bajo que el nivel del Mediterráneo, no era así en otro tiempo cuando una rica vegetación templaba sus ardores. En efecto, dice Josefo que los árboles estaban todo el año cargados de flores y de frutos, y que las plantas de los países fríos crecían al lado de las que se dan en las zonas ardientes. En medio de la aridez actual, es muy difícil de soportar por los europeos el aire abrasado que allí se respira. Los Franciscanos mismos, habituados al Oriente, sufren mucho. Al cabo de cierto tiempo hay que cambiar los religiosos que sirven en el hospicio. Con todo eso, el P. Lucas, á pesar de su delicada salud, reside en dicho sitio hace ya bastantes años. El ora, escribe, trabaja, recibe con igual caridad á todos los peregrinos que se presentan, y no es menos valiente para soportar el peso de la soledad que el del día y del calor.

---

cerla reconocer por el gobierno imperial, y M. Rouland, entonces ministro de Cultos, envió una circular á los obispos de Francia recomendando la cuestación diocesana en favor de los Lugares Santos, interrumpida desde la revolución.

El R. P. Víctor Bernardino, que había sucedido al P. Fulgencio, viendo que sus fuerzas no correspondían á su celo, renunció al cargo de Comisario general de Tierra Santa en 1885, y fué entonces reemplazado por el P. María, quien continúa aún desempeñándole.

Este cargo, lejos de ser una prebenda, bastaría para ocupar la vida más activa. Sin embargo, respondía tan perfectamente á las ideas del P. María, que lo aceptó con gusto, aunque estaba ya agobiado por el trabajo que le ocasionaban los demás negocios que pesaban sobre él. Ha sabido dar un nuevo empuje á la obra de Tierra Santa en Francia y excitar el celo de los bienhechores. Gracias á él, los principales santuarios han recibido graciosos y ricos ornamentos dignos de su alto y santo destino.

Hay en Tierra Santa diversas obras especiales y seguramente dignas de interés; pero ni hay ni podría haber otra *Obra de Tierra Santa* que la que tiene por objeto los santuarios de Galilea y Palestina, y por canal á los Franciscanos, únicos encargados oficialmente por la Iglesia para su adquisición y conservación. Por esta causa no podemos ver, sin cierto sentimiento de tristeza, que obras absolutamente particulares y aun personales, procuren ampararse ante los ojos de los fieles bajo el nombre, que en manera alguna les pertenece, de *Obras de Tierra Santa*, lo que no puede menos de producir una deplorable confusión.

IV

La nefasta Media Luna.—Los sórdidos judíos.—La fiesta de San Pedro y San Pablo.—Amaos los unos á los otros.

A pesar de los treinta y cinco grados de calor, vamos á visitar la ciudad. Está situada sobre la ribera occidental del lago y tiene la forma de un paralelógramo regular. Sus casas, de una blancura de cal que ciega, están coronadas por pequeñas y esféricas cúpulas. Las calles son tortuosas, mal pavimentadas y llenas de inmundicia. El bazar, completamente destruido, está cubierto de tablas y lienzos en jirones; la ciudadela está convertido en ruinas, y sus murallas, derribadas por el temblor de tierra de 1837, no han sido levantadas de nuevo todavía. Faltan las antigüedades y los monumentos; un solo minarete atrae las miradas, levantando su elegante cabeza sobre una mezquita.

¿Es esta, me decía, la soberbia Tiberíades, edificada por Herodes con tanta suntuosidad, que había hecho de ella su residencia favorita y la ciudad más importante de la Galilea? ¿Es

---

Habiendo notado el P. María estas tendencias ilegítimas, se apercibió además de que ciertas diócesis no hacían la cuestación anual prescrita por los Soberanos Pontífices en favor de los Santos Lugares, y que algunas otras se esforzaban en desviar en provecho suyo las sumas dadas para los santuarios, las cuales debían, sin embargo, por orden de Roma, ser remitidas á los Franciscanos. Expuso estos hechos con toda sencillez al Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda, así como al Santo Padre mismo. Su Santidad León XIII publicó al punto, *motu proprio*, para poner un dique á estos abusos, el Breve *Salvatoris* del 26 de Diciembre de 1887, ordenando á *todos* los obispos que hiciesen practicar en *todas* las iglesias una cuestación en favor de la *Obra de Tierra Santa*, y que remitiesen su producto *exclusivamente* á los Franciscanos, únicos mandatarios de la Iglesia en lo que concierne á los Santos Lugares que ellos sirven bajo la inspección del Patriarca de Jerusalén, al cual entregan de la cuestación del Viernes Santo la parte ya prescrita por Pío IX.

Así es que el P. María, de Brest, por los servicios señalados que ha prestado á la Tierra Santa, tenía derecho á una mención especial en este libro destinado á mostrar de una manera palpable lo que hacen los Franciscanos en estas tierras benditas, teatro del nacimiento, de la vida y de la muerte del Salvador.